

LA BALA FRIA



Al maestro Arturo Fernández, campeón español de tiro.

I

**E**L 30 de Julio de 19... el digno alguacil del Juzgado municipal del tercer distrito de la ciudad de S\*\*\*, Salvador Apremio, salió de la sala de Audiencia, estiró con un golpe vigoroso el chaleco que cubría su abultado abdomen, y dirigiéndose á la muchedumbre que llenaba las habitaciones y los pasillos, dijo con voz resonante y metálica:

—¡Don Elías Trepador, con Eustaquio Ramírez: desahucio!

De la compacta masa de litigantes, curiales, zurupetos, rábulas y curiosos, se destacó un hombrecillo rechoncho, prieto, erguido dentro de su *chaquet* de alpaca, y quitándose de la cabeza uno de esos horribles sombreros que nuestra industria levantina bautiza con el nombre de *panamá*s, se apresuró á acudir al llamamiento del tribunal. Detrás, avergonzado, confuso, encogido dentro de sus harapos de obrero fundidor, entró en la sala

Eustaquio, dando vueltas á su gorra grasienta, el cabello revuelto sobre la frente rugosa y tiznada; y luego, en reata desordenada y miserable, una mujer desgrefñada y lacrimosa con un chico arrebuñado en un descolorido mantón de talle, y otros tres arrapiezos semidescalzos, agarrado el primero á la falda remendada como á un cable protector y seguro, y cogido el último á la mano del intermedio, llevado en insegura marcha como á remolque y oprimiendo con fuerza en la otra un grueso pedazo de cebolleta.

Así llegaron todos hasta la barandilla del estrado, á la cual se agarró fuertemente y como en espera de un nuevo y maravilloso espectáculo, la chiquillería.

—¿Quién es el demandante?—preguntó el Juez con voz imperiosa.

Inclinóse afectadamente don Elías y contestó al punto con voz meliflua:

—Servidor de usía.

—El demandado Eustaquio Ramírez—siguió en tono de mandamiento el magistrado.

—Presente—pronunció turbado el obrero.

—A ver; esos otros, háganse atrás.

Intervino el orondo alguacil, desengatilló los dedos de los chicos de los barrotes de la baranda, y los hizo retroceder con la madre hasta la pared, forrada de papel encarnado, sobre la cual se destacaban tan bizarras figuras como sobre una hoja satinada de Bristol un polieromo apunte de Sancha. El secretario, un hombrecillo amojamado y de lacios bigotes, dió cuenta de lo actuado en breves palabras rituales:

«Citado en forma por el actor el demandado de desahucio, por falta de pago de tres meses de arrendamiento, se ha señalado el juicio para hoy.»

—Tiene la palabra el demandante—murmuró el Juez.

—Para pedir—dijo enfáticamente el hombrecillo—que se proceda al lanzamiento y embargo consiguiente, sin perjuicio de lo que hubiere lugar.

—El demandado—dijo el funcionario, como quien tiene prisa por acabar.

Eustaquio quedó un momento como cataléptico. El estrado, la mesa con los señorones que tras ella parecían confundirle con sus miradas, el secretario, el alguacil, el fondo encarnado de la sala de Audiencia, todo daba vueltas á su alrededor.

Quiso hablar y no pudo. Su mujer vió que su causa estaba perdida, tiró del mantón y de la criatura hacia arriba, y dijo con voz firme:

—Sepa usía que es nuestra la casa.

—¡Silencio!—gritó el Juez con voz tan rotunda, que el pequeño soltó la cebolleta—. Exponga el demandado por sí lo que quisiere.

—Señor—pronunció Eustaquio con incoherente balbuceo—, sepa usía que el señor me adelantó cincuenta duros para atender á una enfermedad y fui con él á firmar una escritura á casa de un notario... Y ahora dice que la casa es suya.

—¿Me permite usía?—interrumpió el demandante—. Ruego al Juzgado que examine mis títulos de propiedad.

Alargó un papel al magistrado, quien no necesitó sino hojearle.

—Es una escritura—dijo el Juez—de compra con pacto de retro vencido é inscrita en forma legal. Si el demandado desea impugnarla, puede hacerlo en el juicio correspondiente.

El obrero abrió desmesuradamente los ojos, no entendiendo la jerga curialesca.

—¡Se nos ha engañado!—vociferó la mujer.—¡Mi

marido firmó creyendo que no era tal compra, y ahora ese bribón nos arruina y nos deja en mitad del arroyo!

—¡Despeje el alguacil!—bramó el Juez indignado.

Fué cuestión de un segundo. El intrépido Salvador cogió de un brazo á la mujer y la sacó de la sala á empellones, y con ella á los chicos, quienes prorrumpieron en ruidosos y alborotados gí-moteos.

Eustaquio seguía pálido, impasible, en pie.

—Por última vez—le dijo el magistrado—, ¿qué tiene que aducir el demandado?

—¡Que he sido engañado, señor... que mis hijos no tienen pan!—articuló el desventurado obrero.

—El tribunal—le interrumpió el juzgador impasible—no puede admitir otra prueba que la confesión ó el recibo de haber satisfecho en tiempo debido el canon, según dispone el artículo 1.579 de la ley.

Eustaquio nada dijo; un sudor frío corría por su frente. Su acreedor sonreía con alegría cínica.

—Queda usted requerido—falló el funcionario—para que en el término de ocho días desaloje sin excusa alguna la vivienda. La audiencia ha terminado.

Inclinóse graciosamente don Elías, giró sobre sus talones y salió risueño, triunfante, sin mirar á su víctima.

Esta salió también: la cabeza abatida, los brazos caídos á lo largo del cuerpo abúlico.

En la antesala su mujer lo abrazó llorando; los niños, no sabiendo lo que aquello significaba, lloraban también.

Don Elías cubrió con el panamá su cráneo hidrocefalo, bajó la escalera con paso veloz y llegó

á la calle, llena á aquellas horas de vehículos y viandantes.

Pero, apenas pisó la acera, abrió desmesuradamente sus ojos felinos, se llevó la mano á la garganta y cayó como herido por un rayo invisible.

## II

La tienda del armero Gonzaga era un cuadrilátero, ó si queréis que hablemos con mayor propiedad, era el interior de un cubo geométrico de más de cinco metros de arista. La puerta y dos escaparates suntuosos ocupaban el lado contiguo á la plaza. El frontero daba paso á las habitaciones de la familia, y entre ambos se extendía un tallado mostrador de nogal, en cuyos tableros un artista había esculpido trofeos y atributos cinegéticos. En cuanto á las paredes, era imposible distinguirlas, cubiertas como estaban de amplias y suntuosas vitrinas repletas de armas de todos sistemas.

La del fondo era un verdadero museo. En ella, el aficionado á este género de arqueología podía encontrar un ejemplar de la primera culebrina á mano, usada en 1476 en la batalla de Morat; el hacha-pistola, compañera de la del museo de Dresde, y el goupillón (*holy water sprinkle*), predecesor de nuestros modernos *revolvers*. Arcabuces, mosquetes, esculpidos en marfil y ébano; mosquetones de mecha, que pertenecieron á Richelieu; fusiles venecianos sin gatillo, del siglo XVI; fusiles de chispa y primitivas pistolas de Etruria, firmadas

en Pistoia en 1540 por el gran artífice Camilo Vanutelli, mostraban que su dueño, además de armero, era un insigne é inteligente coleccionista y, por de contado, hombre de exiguo caudal.

No hay que decir que en la parte baja de la vitrina aparecían verdaderas rarezas, tales como pistolas-dagas, pistolas-látigos, que fueron de bandidos calabreses en 1700; carabinas Fergusson y Teiss, las primeras que se cargaron por la culata; arcabuces alemanes y rusos, de más de doscientos años de antigüedad, cubiertos de primorosas labores de cincel; mosquetes indios y japoneses, y un ejemplar del fusil, primero de pistón fulminante, un Richard adorable, de percusión, de 1821.

De aquí en adelante, la historia de las armas de fuego estaba perfectamente representada por fusiles Smith, Brunswick, Enfield, Snider, Martini Henry, Albiní, Maüser, Robert, Chassepot, Weruld, Soper, Berdan, Minié, Peabody, Sharp, Remington, Field, Spencer, Winchester, Hotchkiss, Lee Metford, Lebel y Krag Gorgeusen. Como veis, el señor Gonzaga era lo que se llama un verdadero artista.

Así los inteligentes acudían siempre á tan sabio maestro, no sólo para dirimir sus contiendas profesionales, sino para resolver todo género de dudas de *sport* cinagético. «Gonzaga—le decía un *amateur*—, la semana que viene voy á caza de ánades: ¿qué arma me aconsejas?» O bien: «Gonzaga, voy el martes á los Picos de Europa: preparadme cartuchería.» Y Gonzaga elegía el arma precisa y disponía la carga con cuidado exquisito, eligiendo la pólvora y el plomo, dosificando, contando los granos si era menester, porque no era uno de esos tiradores ó armeros adocenados que creen que se puede cazar con toda escopeta, carga y calibre lo

mismo gamos que estorninos, chochas que rebecos y jabalíes que gaviotas.

Referíanse de él anécdotas estupendas.

En cierta ocasión fué invitado por un prócer de sangre real á una cacería en que el ojeo se haría con redes. La contestación del armero fué que «su dignidad profesional le impedía tomar parte en una batida en que no se daba á la res todos sus medios naturales de defensa». En una jira cinagética contra el jabali, un convidado torpe se llevó equivocadamente su magnífica carabina *Expreso* de Greener (12 mill. 50), dejándole en su lugar una Lefauchaux de doble llave y fuego central. Acometido por el paquidermo irritado, cruzóse de brazos y corrió gravísimo riesgo, en el cual hubiera perecido seguramente á no librarle la infalible puntería de otro cazador de ojo certero. Interrogado luego acerca de su incomprensible impasibilidad, contestó que había preferido afrontar el peligro á servirse de un arma abominable, indigna de un tirador inteligente.

Por último, habiendo logrado hacer en el concurso internacional de Honnslow (Irlanda) de 1905 con su fusil de precisión Martini un *cible*, cuyo diagrama acusaba á mil metros veinticuatro in pactos de 25 tiros, se retiró súbitamente del certamen por haber visto con indignación que el centro medía tres pies y medio de diámetro, en vez de las 36 pulgadas reglamentarias, lo cual le procuraba un triunfo que su conciencia profesional repudiaba como ilegítimo.

El 1.º de Agosto Gonzaga reprendía á su dependiente con no disimulada acritud. Su talla gigantesca parecía aumentar cuando, empinándose sobre sus fuertes botas de cuero, decía al mancebo, anodado por sus reproches:

—Teodoro, tú acabarás mal. Para la caza de ribera no puede cargarse un cartucho con más de once dracmas, prefiriendo, como es natural, el calibre 4. Mentira parece que lo ignores al cabo de seis años que tienes el honor de recibir mis enseñanzas.

Teodoro, un muchacho pálido, rubio y de ojos grises, no respondió una sola palabra. Sin duda estaba acostumbrado á tales reproches.

—Además—siguió el maestro refunfuñante—has ofrecido ayer como arma la más pequeña de moderna fabricación, el *bull-dog* de Greener, como si estuviéramos en 1890, y como si no existieran Hergmanz de 5 milímetros.

El tono de Gonzaga era ya iracundo. Al hablar golpeaba el mostrador con su puño robusto y velludo. Teodoro era presa de la más profunda consternación.

Iba á seguir, sin duda, el capítulo de gravísimos cargos cuando se abrió la puerta de cristalería, entró en la tienda un caballero elegante, de porte simpático y varonil, y dirigiéndose al armero le dijo con acento cortés:

—Si no me engaño, es usted el señor Gonzaga.

—El mismo—le contestó el armero como si se las hubiera con un nuevo cliente.

—En tal caso—dijo el recién venido—ruego á usted que se sirva escucharme unas cuantas palabras á solas.

## III

—Teodoro—dijo el armero al dependiente—, ve arriba y no bajas hasta que yo te llame.

Salió Teodoro por la puerta de la trastienda. Ofreció Gonzaga un sillón al recién venido, ocupó él otro colocado también delante del mostrador y pronunció, con el tono en que pudiera hacerlo un monarca que concede una audiencia, estas frías y concisas palabras:

—Puede usted comenzar cuando guste.

Era el visitante un hombre vigorosamente constituido; aparentaba tener algo más de treinta años; su mano aristocrática, fina y nerviosa acarició su barba rizada y pulcra y se extendió después con suelto ademán hacia el armero.

—Señor Gonzaga—dijo—, es inútil que sigamos hablando como desconocidos. Soy Fernando Neira, y mi nombre debe serle á usted familiar.

El armero frunció el entrecejo.

—Familiar...—exclamó como contrariado—todavía no, señor mío, todavía no. Conocido, ya es diferente. Sé que es usted un joven de mérito, que ha conseguido por su talento ser nombrado Juez de instrucción, que nada hay en su vida que merezca censura y que goza de posición envidiable.

Quiso hablar el recién venido, pero no se lo permitió el severo Gonzaga.

—Sé más—siguió con tono reposado—. Sé que pretende usted casarse con mi hija única y me

figuro que es á pedírmela en matrimonio á lo que viene usted. ¿He acertado ó no?

El joven magistrado experimentó cierta turbación. No esperaba que el viejo armero abordase la cuestión tan resueltamente. Hombre de temprana, pero sólida y firme experiencia, tardó muy poco en reponerse.

—Me complace—dijo con acento seguro—que haya usted adivinado el objeto de mi visita. Quiero á María Teresa, ella me corresponde; ambos somos mayores de edad y yo me lisonjeo de poder hacerla feliz. ¿Por qué no he de esperar que usted acoja mi pretensión con benevolencia?

—Amigo mío—contestó impasible el armero—, he comenzado por reconocer sus excelentes prendas de usted, y así no puede darse por ofendido si le digo que no puedo acceder á su pretensión de ninguna manera.

Púsose en pie, y le imitó Fernando.

—Reconocerá usted, sin embargo—dijo éste sin poder reprimir su enojo—, que tengo el derecho de preguntarle en qué funda su absurda negativa.

Sin contestarle, dirigióse Gonzaga á una vitrina, sacó de ella un arma primorosamente labrada y la puso en manos del visitante.

—¿Qué es esto?—preguntó—. ¿Será usted tan amable que quiera decírmelo?

Examinó Fernando el arma y dijo con acento de embarazosa dubitación:

—Es un fusil de chispa.

Una carcajada franca, insultante, despreciativa, fué la contestación de Gonzaga.

—Si usted hubiera visto el dibujo esculpido, una ninfa sentada sujetando por los cabellos á un sátiro con las manos atadas á la espalda; si hubiera leído la inscripción *L. Georg Dax in Munchen*; si por lo

menos hubiera usted examinado el disco de la culata, hubiera usted podido decir que esta arma delicada y maravillosa es un mosquete de rueda de la primera mitad del siglo XVII, cuyo cañón es, probablemente, aun cuando no ostenta su escudo, de Algora.

El juez enamorado miraba con asombro á aquel ente originalísimo.

Gonzaga volvió á la vitrina, dejó en ella el precioso mosquete, sacó algo de un bote, lo echó en la palma de la mano y lo presentó á Fernando con aire burlón.

—Ahora—dijo—tendrá á bien el señor magistrado decirme qué clase de pólvora es esta.

Fernando no sabía si echarlo ó no todo á rodar. El amor á María Teresa lo contuvo.

—Esto parece—dijo—pólvora de caza.

Otra carcajada más fuerte, más insolente que la anterior le dió á entender que había dicho una enormidad.

—Estos granos—sentenció Gonzaga con voz despectiva—de aristas agudas y vivas, no son sino pólvora Schultze, R. F. G., para fusil Martini Henry, ó yo soy un grandísimo ignorante.

Y su risa estalló más sonora, más impertinente, más insoportable que nunca.

—¡Señor mío!—balbució colérico el Juez—. ¡Esta es una burla intolerable!

—No es sino una demostración—contestó el armero poniéndose serio—de que usted no podrá jamás ser mi yerno. ¡Pues qué!—siguió con altanería—. ¿He trabajado yo durante tantos años, he conquistado nombre y fama, he reunido tan bellos tesoros, para que todo vaya á parar á manos de un profano y acabe en un día la reputación que se ha transmitido de padres á hijos? ¿Quiere usted á mi

hija? Hágase usted armero; estudie, trabaje, ajústeme un arma, distinga la pólvora blanca de la común, no confunda un fusil de chispa con un mosquete, demuestre que es digno de ponerse al frente de mi armería, y entonces yo le honraré dándole, no sólo mi hija, sino mi fortuna y mi bendición. Entre tanto, no piense en semejante locura.

—Señor Gonzaga—le interrumpió Fernando, parodiando sin querer á Hamlet—, hay muchas más cosas bajo el cielo y sobre la tierra que las que presume vuestra habilidad. Las armas no son todo en el mundo, y si os hubierais tomado la molestia de leer siquiera el *Quijote*...

—¡Ta, ta, ta!—le interrumpió el armero—. Va usted a hablarme del célebre discurso de las armas y de las letras. Quien ha de leerlo nuevamente es usted, que no lo ha interpretado á derechas.

—De manera que, según su bárbaro egoísmo de usted—saltó el enamorado—, no se puede ser digno de una mujer sin conocer toda su bárbara y caprichosa jerga. ¿Está usted mismo bien seguro de que nada ignora en su tan decantado oficio? ¿Y si yo le demostrara á usted que hay todavía algo muy importante que ignora en él?

—En tal caso—dijo palideciendo el armero—, yo le concedería á usted la mano de mi hija.

—Está bien—dijo el magistrado—. Yo le recojo á usted su palabra. Entre tanto, bueno es que sepa que en el mundo todo se resuelve por la razón y nada por las armas; que lo ha reconocido el primer capitán del siglo XIX, y que no es con fusiles, ni con pólvora ni bayonetas como ha de encontrar el mundo curación á sus males.

—¡Con la razón! —rugió el armero, en cuyos ojos centelleaba el fuego de la iracundia—. ¡Con la razón, y hace cuarenta siglos que es estéril el trabajo

de los sabios y los filósofos! ¡Con la razón, y no hay verdad que no sea hollada, ni principio que no sea desconocido, ni equidad que no sufra ultraje! Con las armas ha sido como la civilización ha ido extendiéndose por el mundo; en Oriente, se llamó Nabucodonosor; en Grecia, Alejandro; en Roma, César; en la Edad Media, Atila ó Carlo Magno; en la moderna, Federico, Pedro ó Bonaparte. ¡Una guerra más, y el mundo se habrá transformado, y sobre las ruinas de una humanidad egoísta y caduca se habrá levantado todo el nuevo universo de progreso y civilización!

Fernando contemplaba con estupefacción á aquel ante el cual Nietzsche hubiera encontrado su superhombre brutal.

Iba á contestarle. Pero en aquel momento la puerta se abrió; entró en la tienda, jadeante, el alguacil Salvador Apremio, y limpiando el sudor que corría por su frente congestionada, dijo, entre toses y resoplidos:

—Señor Juez, venga pronto usía. Acaba de ser herido, de un modo misterioso, el recaudador de contribuciones del sexto distrito.

## IV

Abrió en cruz los brazos el caudillo de los anarquistas, y cayó como el vate inmortal de Florencia ante el fantasma negro de Paolo. En parte alguna había sonado detonación; nadie se había aproximado á la víctima, y, sin embargo, el crimen se había consumado rápido, silencioso, como realiza-

do en holocausto al dios del misterio por una sacerdotisa invisible.

Era aquel el tercer atentado enigmático, y la muchedumbre sintió el escalofrío de lo ignorado absurdo. En dos segundos la plaza quedó despejada; poseída de pánico invencible, la multitud se dispersó como una bandada de jilgueros. Atropellándose, ciega de terror, asaltó los comercios, rompió las vitrinas, se refugió en portales y kioscos. Por todas partes se oyeron lamentos, quejas, imprecaciones que salían de la aterrorizada plebe dispersa, como si se sintiera la espantosa amenaza de una catástrofe apocalíptica.

Un grupo compacto de mujeres, niños, obreros y ancianos fué á guarecerse en el vestíbulo de una suntuosa y noble vivienda. Apenas entrado, un hombre con librea se apresuró á cerrar el portón. Todos se miraron unos á otros con estupefacción, con indecible asombro. Realmente, no sabían lo que había motivado su fuga; habían huido porque lo hacían los demás; pero como ver, nada habían visto. Testimoniaban con su miedo ignorante la inconsciencia animal colectiva, causa en la historia del populacho de todas las servidumbres aciagas, como de todos los desenfrenos.

En medio de la general turbación, sólo un individuo parecía dueño de sí. Era un sexagenario de barba blanca y mirada apacible, cuya cabeza se cubría con un *chrystis* de color de avellana. En sus facciones, de asombrosa regularidad; en sus ademanes aristocráticos; en su acento noble, persuasivo y admirablemente timbrado, se adivinaba al hombre de gustos selectos y de amplia cultura. Vestía con pulcra sencillez traje de americana, y de una de las manos pendía un kodak 6 por 9, marca *Polar*, con objetivo Zeiss, doble aplanático.

—Calma, amigos míos—dijo tranquilamente á los fugitivos—. No hay por qué asustarse. Un hombre ha sido herido por alguien que debía con él ajustar cuentas y lo ha hecho en forma más ó menos extraña. ¿Es para que nosotros nos atemorice-mos hasta el punto de no atrevernos á salir á la calle?

La serenidad de su acento infundió valor á los más pusilánimes. Diez ó doce de los más arriscados decidiéronse á salir del portal.

Una joven alta, de voz franca é ingenua, acercóse en aquel momento al desconocido.

—¿Cree usted de veras que no habrá peligro, caballero?

Miróla el anciano fotógrafo. Era una espléndida hermosura, sobre cuya frente inmaculada y amplia se partía en blondas ondulaciones la madeja sedosa de sus crenchas. Sus ojos enormes y serenos parecían interrogar. Su busto clásico se alzaba con ritmo agitado por el sobresalto. Dos irisados y lucientes *chatones* de roca antigua esplendían en sus diminutas orejas de nácar. En torno suyo se esparcía un intenso perfume de violetas, que el viejo caballero no pudo menos de aspirar con delicia.

—Señorita—pronunció con acento que pudiera decirse paternal—, creo firmemente que nadie corre riesgo, y mucho menos la en todas partes respetada y querida María Teresa, la hija del reputado artífice Gonzaga.

Sonrió la joven benévolamente.

—¡Ah! ¿Me conoce usted?—preguntó como complaciéndose con tan grata nueva.

—Tengo ese honor—contestó el caballero inclinándose—como lo tienen muchos desvalidos á quienes usted muchas veces socorre y con los cuales también estoy en frecuente contacto. En cambio,

usted á mí no me conocerá, de seguro. Vivo casi en absoluto aislamiento, encerrado en mi laboratorio de fotografía, de donde no salgo sino lo necesario para cumplir las prescripciones de un médico ridículamente inflexible.

—¿Es usted acaso fotógrafo?—interrogó María Teresa con afectuosa curiosidad.

—No soy—repuso el viejo—sino un modesto aficionado. Durante muchos años he desempeñado en la Universidad de Lieja una cátedra de ciencias exactas, en donde he sido bastante respetado á pesar de mi condición de extranjero. La edad y el deseo de volver á vivir con la única persona que me queda de mi familia, un hijo honrado y laborioso, me ha obligado á perder mi jubilación, y ahora vivo en su casa, en la cual me he reservado dos habitaciones y una especie de sótano, donde dedico largas horas á revelar mis instantáneas y á hacer experimentos sobre la fotografía en colores. Es una inofensiva manía que usted sabrá disculpar de seguro.

El anciano, con su mirada, parecía demandar indulgencia. María Teresa sintió deseos de demostrarle que merecía su simpatía más cordial.

—En eso—dijo jovialmente—nada hay de censurable. Solamente su apartamiento de las gentes me parece que ha de ser algo triste.

—No lo crea usted, señorita—le contestó el desconocido—. A mis años se ha visto mucho y no se tiene ya el espíritu abierto como el de usted á todas las magnánimas indulgencias. Las maldades de los hombres nos abruman y á veces nos irritan, y quisiéramos en vano ponerlas remedio con lo cual sólo conseguimos reconocer nuestra incapacidad para conseguirlo y hacer nuestro carácter aun más sombrío y, ¿cómo lo diré?, misantrópico. Ante la

maldad, triunfante casi siempre, no podemos contener nuestra irritación; nos ahoga el deseo insensato de suplantar á la Providencia para premiar á todos los buenos y castigar á todos los malos; y como no podemos ser ni santos mediadores, ni tampoco autores de melodramas, que son los únicos á quienes es dado hacer estas cosas, nos resignamos á la soledad, buscando en ella cualquier recreación infantil que nos distraiga de nuestros pesimismo y haga menos penosos nuestros achaques.

—Sin embargo—le interrumpió la hija del armero—, usted parece fuerte y animoso. ¿Su hijo de usted permanece soltero?

El aficionado á la fotografía asintió con un ademán.

—Entonces es seguro—continuó la novia de Fernando—que algún día contraerá matrimonio y una nueva familia traerá á usted alegrías, esperanzas y ocupaciones agradables que le harán olvidar las penas pasadas. Por lo demás, creo que hace usted mal en preocuparse por la injusticia de los hombres. Todos ellos al fin tendrán su premio ó su castigo; todos, cuando llegue el momento de rendir cuentas...

Una sonrisa escépticamente piadosa del anciano hizo enmudecer á María Teresa.

—En fin—dijo después de una pausa—, usted sabe de esto, como de todo, mucho más que yo. Si usted quiere que departamos de estos asuntos largamente, yo le ofrezco mi casa en nombre de mi padre. Es un hombre honrado y generoso que no tiene sino un defecto: el de creer que todo en el mundo se arregla á tiros. Vaya usted á vernos y nosotros nos honraremos con recibirle y testimoniarle nuestra gratitud por su conversación afectuosa.

Tendió la mano al desconocido; éste la estrechó con cierta emoción. Luego sacó una tarjeta de la cartera.

—Tome usted—dijo—. Nuestra casa está siempre abierta para ustedes.

Descubrió su venerable cabeza y salió. María Teresa leyó en la cartulina y lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡El padre de Fernando!—murmuró con voz apagada.

Miró de nuevo la tarjeta. En ella, con esbeltos caracteres británicos, se leía lo siguiente:

LEOPOLDO NEIRA WENTKINSSEIN

EX PROFESOR DE LIEJA

Y luego, en el reverso, escrita con lápiz, esta extraña fórmula:

$C^s H^s$

$$V_0 = 485 \sqrt{\frac{I}{D}}$$

V

—¿Cómo se llama usted?

—Eustaquio Ramírez.

—¿Edad?

—Treinta y seis años.

—¿Estado?

—Casado.

—¿Oficio?

—Fundidor.

—¿Ha sido usted procesado alguna vez?

—Nunca.

—¿Sabe usted ó presume por qué ha sido llamado á declarar?

Un clamoreo de chiquillería, lacrimoso, ensordecedor, se oyó en la antesala. Eustaquio dió vueltas á la gorra, miró hacia la puerta y dijo aturdido é inquieto:

—Con permiso de V. S., señor juez, voy á ver qué les pasa á los chicos.

El Juez, don Fernando de Neira, le contuvo con un ademán.

—¡Chist! Estese usted quieto. No será ello cosa importante.

Procurando revestir su semblante de la mayor severidad, y mientras el escribano hacía correr la pluma sobre los amarillentos pliegos de oficio, el Juez comenzó á formular contra el fundidor aturdido los siguientes cargos:

—El día 30 de Julio último celebró usted juicio de desahucio á instancias de don Elías Trepador, prestamista.

—¡Un despojo, señor Juez, un despojo!—saltó con vehemencia el obrero.

—Está bien; á la salida de la Audiencia recibió un balazo el señor Trepador. ¿Qué sabe usted acerca del particular?

—¡Soy inocente, señor juez! ¡Yo no sé más que lo que sabe todo el mundo!—dijo asustado el patriarca de la chiquillería.

—Aquel mismo día—siguió el Juez impasible—tuvo usted una reyerta con el recaudador de con-

tribuciones del sexto distrito por la cuantía del recargo en la cédula. Parece que alborotó usted en la Agencia y que llegó usted á amenazarlo de muerte.

—Me cogió de la solapa, señor...

—Ello es que dos días después—siguió Fernando Neira—el recaudador recibió un tiro en la cabeza.

Eustaquio pasó por su frente sudorosa la manga de su blusa, cubriendo al hacerlo su cara de tizne.

—¡Señor Juez!—dijo ya balbuciente y convulso—. ¡Juro por mis hijos que soy inocente!

—Iniciada una discusión en un cafetín acerca del descanso dominical—continuó el magistrado—, increpó usted muy duramente á uno de los caudillos del anarquismo.

—Porque quiso tirarme un platillo á la cara—contestó el inculpado—, y yo le dije que no lo haría si estuviéramos en una carretera.

—Bueno—siguió frío el acusador—. Supongo que también sabrá usted que ayer ese obrero quedó con el cuello atravesado de otro balazo.

El estupor de Eustaquio llegó á su límite.

—¡Señor magistrado!—tartamudeó—, ¡tenga usía piedad de nosotros! ¡Yo no he cometido esos delitos de que se me acusa!

—¿Qué tiene usted que decir en su descargo?

—Que yo no estaba presente cuando ocurrieron esas atrocidades.

—Muy bien—dijo el Juez—. Es una coartada. Pero hay que demostrarla, y para ello tendrá usted testigos.

—¿Testigos?—dijo el infeliz, abrumado—. ¿Testigos de qué?

—Testigos—continuó Fernando, grave y severo—que especifiquen en dónde estaba usted el día del desahucio, cuando recibió el tiro el señor Tre-

pado; el día 2 de Agosto á las tres de la tarde, y el 7 á las once de la mañana.

—A esas horas estaba sólo con mi mujer y los chicos, é iba de tienda en tienda con ellos buscando trabajo—contestó el obrero, casi con las lágrimas en los ojos.

Un nuevo murmullo de voces infantiles se oyó en la antesala; sobre él se destacaban llantos y gimitos.

—¿Ha concluido ya, señor Juez?—preguntó impaciente Eustaquio.

—Por ahora sí—contestó el magistrado—. En nombre de la ley lo declaro á usted procesado, y va usted, ahora mismo, á constituirse en prisión.

—¿Yo en prisión?—gimió Eustaquio—. ¿Y mi mujer? ¿Y la chiquillería?

Fernando Neira quedó un instante pensativo.

—Su mujer de usted y sus hijos—contestó después de una breve pausa—serán socorridos de mi bolsillo particular mientras usted permanezca preso.

Oprimió el botón de uno de los timbres y se presentó el alguacil.

—Salga usted—dijo al escribano, que hasta entonces había permanecido silencioso junto á una mesa en donde tomaba sus notas—y extienda la declaración de Eustaquio Ramírez y el auto de su procesamiento y prisión preventiva.

Levantóse el actuario de su asiento, recogió sus papeles y salió. Eustaquio lo siguió cabizbajo, como un autómeta.

El alguacil permanecía inmóvil en el dintel.

—Ramón—le dijo Fernando Neira—, haga usted pasar al señor Gonzaga.

## VI

Entró el armero en la sala de audiencia serio, erguido, como quien va, no á ser interrogado, sino oído respetuosamente en consulta. Se adelantó con paso seguro hasta el estrado, hizo á Fernando una cortés y digna reverencia, como si no hubiera cruzado la palabra con él horas antes, y esperó á pie firme á que el juez se dignara hacerle sus preguntas.

—Señor Gonzaga—le dijo cortés, pero friamente Fernando Neira—, sírvase usted sentarse á mi lado. Esto no es una declaración, sino una consulta particular y amistosa que tiene el honor de pedir el Juez de instrucción del distrito del Norte al armero más ilustrado y competente de nuestra industria nacional.

Gonzaga inclinóse de nuevo. Después tomó asiento. En su rostro no había sufrido la menor contracción ni un sólo músculo.

—Hace pocos días—dijo el Juez entrando en materia—recibió un balazo un hombre en la calle en condiciones excepcionalmente maravillosas. Los forenses han dictaminado que un proyectil le atravesó la garganta, hiriéndole en la carótida. Examinado el orificio de entrada, no mide más de dos y medio milímetros de circunferencia. Y lo más particular y extraño es que sus bordes no presentan señales de quemadura y que las personas que pre-

senciaron el delito ni vieron en parte alguna fongazo, ni oyeron el ruido de la menor detonación.

—¿Dice usía—preguntó frunciendo el ceño Gonzaga—que el proyectil no debía tener más calibre que el de dos y medio milímetros?

—Tal es la opinión de los forenses—le contestó Fernando.

—Han debido sufrir equivocación—repuso con aplomo Gonzaga—, puesto que son mucho mayores los calibres de las armas modernas.

—¿Podría usted recordarlos?—insinuó Fernando.

—No tengo en ello inconveniente—dijo el armero—. Los calibres de las modernas balas de fusil ojivales, más pequeñas que las antiguas á pesar de tener envoltura metálica, son estos: Krag-Jorgensen, seis milímetros y medio; maüser alemán, el mismo calibre; maüser español, siete milímetros; Martini, suizo, siete y medio; Lec Metfort, siete sesenta y cinco, y Lebel, ocho.

—¿No pudiera haberse disparado con pistola?—interrogó el Juez.

—No es probable—contestó el armero—; el calibre de la pistola Browing, es 7'65 ó 6'35. La Webley mide 7'65 y 6'35; la Maüser, 7'63 y 9. La Mannlicher, 7'65, y la Bergmann 5'65 y 8. Los calibres de las antiguas pistolas y cachorrillos, como las de los revólvers Smith, jamás son menores.

—¿De modo que su opinión de usted...?

—Mi opinión es que el individuo de que se trata no ha sido muerto por proyectil alguno, sino atravesado por un estoque.

—Esa hipótesis—contestó Fernando con fiema—hubiera podido ser admitida por los médicos á no ser por una gran dificultad.

—¿Cuál?—preguntó el armero, intrigado.

—Por el hecho—dijo el Juez, mirando á Gonzaga fijamente—de hallarse el orificio de salida mucho más bajo que el de entrada. Se trata, pues, de un proyectil, puesto que ha podido, al chocar con la espina dorsal, deslizarse á lo largo de las vértebras cervicales y salir por debajo de ellas.

Gonzaga quedó estupefacto.

Fernando quiso sacarle de su estupor.

—¿No podría tratarse—dijo—de una escopeta Flaubert?

—Imposible—dijo el armero pensativo—. Su calibre es de cinco milímetros y no tiene fuerza suficiente para atravesar el cuerpo humano, á no disiparse de muy cerca. Y hay más: me atrevo á asegurar que ningún arma puede alcanzar la velocidad inicial suficiente para ello, reduciendo hasta ese extremo el calibre, y por consiguiente la capsula.

Se veía que el armero estaba cada vez más perplejo. Fernando no pudo menos de sonreír con aire de triunfo.

Hubo entre ambos interlocutores un embarazoso silencio. Por fin Fernando le puso término con esta pregunta:

—Señor Gonzaga, cree usted posible actualmente la fabricación de un arma que, al ser disparada, no produzca ruido alguno?

—Tal es—contestó inmediatamente el armero—el propósito del alemán Hiram Maxim. Pero el propósito de este invento no es el de suprimir totalmente el ruido de la explosión, lo cual me parece por completo absurdo, sino el de disminuirlo hasta el extremo de que el enemigo no pueda percibirlo á mil metros. Toda conflagración supone choque, y ésta vibración sonora de moléculas.

—¿A qué obedece el ruido en el disparo?—pre-

guntó el Juez, cuya tenacidad causaba ya en Gonzaga desasosiego.

—En primer lugar—dijo el industrial—á la conflagración del explosivo. Este ruido es menor conforme éste deja en el arma menos sedimento. Así, las pólvoras blancas Schulze ó Dittmar producen mucho menos ruido que las pólvoras negras, lo mismo que la granulada de madera, C. C., porque los ácidos en que hay que embeberlas para fabricarlas son expulsados con el mayor cuidado, en virtud de un largo tratamiento de depuración. Así no quedan apenas residuos en el cañón, y es mayor la cantidad de gases útiles que contienen los compuestos azoados. Recientemente se han fabricado pólvoras que no dejan de residuo sino un 12 ó 14 por 100, en vez de un 20 que dejaban algunas preparaciones antiguas.

—¿Y es esa la única causa de la detonación?—insistió el magistrado.

—De ninguna manera—siguió Gonzaga—. La expulsión del proyectil hace en el cañón el vacío y el aire, por una ley bien conocida, se precipita en él, golpeando violentamente las paredes. No creo que hay medio de anular este efecto, ruidoso siempre, que sólo puede aminorarse por la disminución del calibre.

—¿Y la longitud?

—La longitud, no; porque cuanto menor es, mayor es la rapidez con que se dilatan los gases y, por lo tanto, el choque.

—Veamos—pronunció el magistrado con flemma que comenzaba á impacientarse al artífice—. Por lo que atañe al primer punto, ¿no hay hoy manera de prescindir de explosivos y conflagraciones? Por ejemplo: la electricidad ha tenido recientemente innumerables aplicaciones; un fusil de presión de